

El sueño de Tekove

Marisol Fernández Recalde

*El sueño de  
Tekove*



# Capítulo 1

## El sueño de Tekove

Las calles se conglomeraron de gala. Soldados, pobladores, mercaderes, sabios y todos los demás habitantes de la Atlántida se pusieron sus mejores trajes para recibir a los ángeles.

Como cada año en que celebraban el recorrido completo del planeta alrededor del sol, los ángeles visitaban a la única civilización que se formó en la Tierra, siendo partícipes activos de su desarrollo para nutrirlos de los secretos del universo y contribuir al desarrollo de las demás tribus aledañas.

Los Atlantes los recibían, pero solo los reyes y nobles podían conversar con los ángeles de forma directa, en las instalaciones del castillo de cristal que era el corazón de la grandiosa isla.

Pero esta reunión fue especial. Podría mencionar el descontento que sentían los ángeles al ver cómo los atlantes reservaban sus conocimientos al resto de la humanidad, o la aparente tensión que surgía entre nobles y seres divinos.

Pero en realidad ocurrió algo más. En ese entonces fue un acontecimiento insignificante. Algo que ocurría con bastante frecuencia.

Por regla general, los ángeles y los humanos tenían prohibido procrear entre sí. Pero algunos hacían caso omiso y criaban hijos híbridos. El castigo que se le sometían a los ángeles era el destierro. A los humanos, varía de acuerdo a las leyes de cada tribu y al estatus social.

Y en esa reunión, un ángel llamado Okenteha, se enamoró de una princesa. Era nada más que una de las hijas del emperador de Atlántida. Había escuchado mucho sobre ella, pero era la primera vez que la veía en persona.

Un compañero de Okenteha, al ver que éste no paraba de mirarla, le preguntó:

¿Por qué miras a esa humana? ¡Presta atención a la reunión!

La miro porque me gusta – le respondió Okenteha – Dicen que tiene poderes mágicos, similares a los de un ángel. También escuché que era muy hermosa, pero las descripciones que me dieron son nada comparado con lo que veo.

Aunque la magia corra por sus venas, ella es solo una mortal. En unos años envejecerá y morirá. Y créeme, será un gran impacto para ti, que a ojos humanos eres inmortal.

Nosotros los ángeles también morimos, pero vivimos por muchas eras y mantenemos nuestra juventud. Así que me entra la curiosidad por saber de sus cambios: verla envejecer, marchitarse como una rosa, sonreír por los recuerdos efímeros, vivir al pleno su finita juventud... por ella valdría la pena ser desterrado.

Su compañero sabía que un ángel, cuando se enamoraba perdidamente, se convertía en un amor tan puro que podía durar eternamente. Así que solo le deseó suerte en silencio y lo dejó ir a sus anchas.

La reunión finalizó y los ángeles se marcharon, excepto Okenteha quien, al poseer habilidades ilusorias, se volvió invisible para no ser detectado en el castillo de cristal.

Vio cómo la princesa se dirigió a sus aposentos. Okenteha la siguió. Generalmente la princesa solía estar acompañada de sus damas de honor, pero esa noche les pidió que la dejaran sola.

Cuando las damas se fueron, Okenteha se apareció ante la sorprendida princesa.

¡No te asustes! No te haré daño – dijo el ángel.

¿Eras uno de los ángeles de la reunión? – le preguntó la princesa - ¿Por qué sigues en el castillo de cristal?

Es porque te vi de lejos y me sentí atraído por ti.

¿Por mí? ¿Por qué un ángel puro y noble se fijaría en una mortal como yo?

He escuchado que tienes poderes y quise que me los mostraras.

No es la gran cosa – dijo la princesa, sonrojándose – Para los ángeles al menos no lo sería, pero si me lo está pidiendo, con gusto se lo mostraré.

La princesa se acercó a su espejo tocador, abrió un cofre que estaba encima del estante y sacó de ahí un pequeño pájaro muerto. Lo tomó con ambas manos y el animal comenzó a moverse y a piar, ante el asombro del ángel. ¡Una mortal tenía poderes de resurrección! ¡Eso sí era fenomenal!

Sin embargo, la magia apenas duró unos minutos, porque el pájaro volvió

a caer muerto en sus manos.

Puedo revivir a muertos por tiempo limitado – explicó la princesa al ángel, con tristeza – Mi padre suele usarme para algunas misiones secretas para descubrir a supuestos traidores o criminales de Atlántida.

Okenteha se asombró. De verdad esa mortal era poderosa. Si combinaban sus poderes, de seguro podrían llegar más lejos y, en esos momentos, estuvo dispuesto a colaborar en su propósito.

Como seres divinos que somos, los ángeles podemos asegurar que todo lo creado de forma astral es eterno, como el alma misma – le explicó Okenteha a la princesa – Los mortales tienen un alma, el cual se “cambia de cuerpo” cuando éste llega al final de su vitalidad. Es por eso que, si tú y yo nos unimos, podemos crear a un ser puro y grandioso, capaz de brindar a un cuerpo vacío un largo periodo de vida y modificar su entorno a gusto. Su don traería prosperidad a la humanidad, te lo aseguro.

Ángel y humano se encontraban en secreto, bajo la luz de la luna, siendo uno solo en instantes. En aquella unión, ambos percibían cómo los poderes del universo se manifestaban antes el máximo poder del amor. Dos amantes, con deseos de generar un fruto divino capaz de fusionar ambos mundos.

Meses después, la princesa dio a luz a una hermosa niña a quien bautizó como Tekove. Sin embargo, por haberla concebido fuera del matrimonio, tuvo que ocultarla por un año entero para que no la arrebataran de sus manos.

Las princesas solo pueden tener hijos de un matrimonio legal y consensuado – le explicó la princesa a Okenteha – Tekove ha heredado parte de nuestros dones, lo puedo sentir. Pero tengo miedo por su porvenir. ¿Qué pasa si mi padre la descubre? ¡No quiero perderla!

Si fuera por mí, la llevaría al Reino Celestial – dijo Okenteha – Pero ese sitio solo está diseñado para que los seres divinos podamos vivir ahí. Además, desde que fijé tu mirada en ti, he sido condenado al destierro.

Y mientras charlaban, un par de damas de honor los descubrieron y llamaron a los guardias. El ángel se maldijo a sí mismo: se olvidó de crear el campo ilusorio para ocultarse del ojo humano.

Los guardias enseguida los rodearon y, junto con unos magos pertenecientes a la realeza, rodearon al ángel con unas cuerdas mágicas y sellos divinos para que no escapase.

Okenteha mantuvo la calma. Aún siendo sellado, los humanos no podrían hacerle nada. Lo único que le preocupaba era la princesa y la pequeña

Tekove.

La reciente familia fue trasladada delante de la corte, donde el emperador los miró con reproche.

Tekove, quien apenas cumplió un año, señaló hacia el emperador y, delante de él, hizo que aparecieran un ramo de flores.

Éste se quedó sorprendido ante el gran poder de su nieta y, tomando las flores, cambió su expresión de profundo desprecio a la de un extraño aprecio. Vio a su hija, luego al ángel, y por último a la niña. Y ante un gesto de sus manos, ordenó a los magos que le retiraran las sogas del cuerpo del ángel.

¿Qué estás planeando, padre? – le preguntó la princesa, asustada, al ver que liberaban a Okenteha.

Han dado a una niña maravillosa – dijo el emperador - ¿Por qué no lo dijeron antes? ¡También tengo derecho a conocer a mi nieta! – Tomó un minuto de silencio y, fijándose en el ángel, le dijo – Disculpa por el trato, hijo mío. Ahora eres parte de la familia siempre y cuando sigas las leyes de la Atlántida.

Okenteha se sintió aliviado. Al fin podría ir por el castillo a sus anchas y en compañía de su amada y su hija.

Sin embargo, su pureza de corazón no le hacía ver la corrupción de los humanos.

El emperador, en realidad, quería usar el poder de la niña para desafiar a los seres divinos y ser el dueño absoluto de los secretos del universo. Y qué mejor manera de hacerlo que tener a un ángel celestial de su lado, para que le revelara el origen de la creación y formara un ejército capaz de arrasarlo con todo.

Tekove creció, entrenada por sus padres para dominar su poder. Con tan solo nueve años, ya podía curar heridas mortales y resucitar a los recién fallecidos. Pero como aclaraba la pequeña, tenía que ser alguien que acabara de fallecer y siempre y cuando tuviesen alguna parte de su cuerpo, aunque fuesen sus cenizas.

Ante semejante poder, el emperador se volvía cada vez más corrupto. Ya no veía la hora de llevar a cabo sus planes y anunciar a todas las tribus del planeta que tenía un arma capaz de conquistar hasta a los mismos ángeles.

La esposa del emperador, sospechando de las intenciones de su marido, una noche abandonó la alcoba para pedirle a la princesa que se escape

con Tekove de Atlántida.

Tu padre quiere usar a Tekove como un arma – le dijo la emperatriz – No le importa que solo sea una niña, solo le importa su sed de dominio total del universo.

Pero si me marchó, moverá cielo y tierra para encontrarla – dijo la princesa, aterrada por lo que acababa de escuchar- Nunca podremos escapar.

Déjame darles una mano – dijo Okenteha, quien las escuchó de lejos – He sido un ingenuo al creer que el emperador se compadeció de nosotros para ser una familia feliz. Los ángeles no percibimos la corrupción humana y, ahora que he convivido con humanos, me di cuenta de lo que son capaces. Ni los “Caídos” se atreverían a tanto.

¿Los “caídos”? – preguntó la princesa

Les decimos así a los “ex ángeles”, aquellos que intentaron conquistar el universo y seguir sus propias reglas. Los ángeles solo seguimos las leyes del gran Creador, por algo se nos confió los secretos del universo. Pero no hay tiempo para hablar de eso, porque a raíz de lo que está pasando, he recibido un comunicado urgente que no puedo dejarlo pasar.

¿De qué estás hablando? – le preguntó la emperatriz - ¿Acaso te has comunicado con los tuyos? ¿Qué no eres un desterrado?

Sí, lo soy. Pero los desterrados no somos “caídos”. Siempre nos mantenemos en contacto con los seres divinos y seguimos las órdenes del gran Creador en nuestras mentes. Y ahora el gran Creador acaba de informarme que mandará a inundar el planeta entero para exterminar al 95% de la humanidad. Solo un 5% se salvará, pero éstos no serán los Atlantes. Todos morirán sin excepciones.

¿Y cuándo sucederá eso?

No puedo decirlo. Puede ser mañana, o dentro de un año... ¡Quién sabe! Pero la orden está hecha.

Entonces salva a mi hija – le pidió la emperatriz, de rodillas – ¡Salva a ella, al menos!

Todos, sin excepción – volvió a repetir el ángel, con tristeza.

Madre e hija lloraron. No podían creer que por culpa de la codicia del emperador todos los Atlantes perecerían. ¿Es que tan podrida estaba el sistema, que no tenían salvación? ¿Qué acaso no había ningún alma pura

que valiera la pena de ser rescatada?

Y mientras se lamentaban, una pequeña Tekove de nueve años se acercó a Okenteha, le tomó de la mano y le dijo:

Llévame con Dios. Quiero hablar con él.

¿Eso se puede? – le preguntó la princesa, secándose las lágrimas.

Ni los ángeles podemos “hablar” con Dios – dijo Okenteha – nuestra comunicación es telepática, por medio de signos e imágenes interpretativas – tomó en brazos a Tekove y, mirando por última vez a su familia humana, continuó – No podré salvarlas a ustedes, pero sí me dejarán salvar a Tekove. Ella nunca ha sido considerada una Atlante y su poder es asombroso. Prometo cuidar bien de la pequeña, se los prometo.

La princesa volvió a llorar. Se acercó a Tekove y, dándole un último abrazo, le dijo:

¡Sé fuerte, pequeña! Siempre estaré en tu corazón.

Lo sé, mamá – le dijo Tekove, con una sonrisa triste – Y yo siempre te recordaré.

Okenteha dio un salto y voló hasta el cielo, donde un grupo de ángeles lo esperaban encima de una nave de nebulosas.

Todos quedaron sorprendidos ante la presencia de Tekove. Era un híbrido espectacular, capaz de convivir entre mortales y seres divinos sin inconvenientes, así como otorgar vida a cualquier superficie que tocara.

Cuando finalice el diluvio, esta niña poblará la Tierra – explicó Okenteha a los ángeles.

No me gusta este poder – dijo Tekove – por mi culpa muchas personas morirán y, después del diluvio, otros humanos me buscarán.

La culpa es mía por no haberme dado cuenta a tiempo de la situación – dijo Okenteha – la verdadera naturaleza humana es la corrupción, pero aún hay algunos seres puros que desean vivir en armonía con el universo. Es por eso que el gran Creador no liquidará a toda la humanidad.

¿Y será que él podrá quitarme mi poder?

Los ángeles se quedaron pensativos. Generalmente, los mortales suplicaban a los seres divinos por poder, pero era la primera vez que

conocían a alguien que los rechazaba.

Eso tenemos que preguntárselo al gran Creador.

¿Y cómo lo hacemos?

Lo invocamos.

Dentro de la nave nodriza, se formó una pequeña esfera de espumas y electricidad. Los ángeles lo rodearon y, de ahí, se escuchó la voz potente del gran Creador.

Sé por qué me invocaron – dijo la voz – pero lastimosamente no podré quitarte tu poder, Tekove. Es un don valioso que solo unos pocos poseen.

¿Pero qué pasará si los sobrevivientes a la inundación la encuentran? – le preguntó Okenteha, preocupado por el porvenir de su hija.

Si pasa, será en miles de años – dijo Dios, tranquilo – los sobrevivientes al diluvio serán humanos de Tierras lejanas a la Atlántida. Existen muchas tribus que nunca han escuchado de aquella corrupta civilización, por lo que ni siquiera saben de la existencia de Tekove. Los he seleccionado cuidadosamente para que repoblaran la Tierra y vivieran por su cuenta sin intervención divina.

¿Entonces de verdad aislarás a la humanidad de los secretos del universo? – preguntaron los ángeles, asombrados. Era la primera vez que perderían contacto directo con un mundo conformado por mortales - ¡Pero si siempre hemos vivido en armonía! ¡Con otros mundos eso jamás pasó!

Sin embargo, en este mundo pasó lo impensable – dijo el dios Creador – esto se debe a los “caídos”, quienes se han refugiado en pequeños mundos y corrompido a sus habitantes. Solo que la Tierra es un caso particular, porque aquí ya se generó una civilización avanzada como lo es la Atlántida. Por ese mismo motivo, ahora tienen terminantemente prohibido pasar por la Tierra después del diluvio, a excepción de los ángeles desterrados.

¿Y qué será de mí? – preguntó Tekove - ¿Viviré en la Tierra? ¿O en otro lugar?

Tu alma es de origen humana, pero tu esencia es divina. Si bien no puedo quitarte tu poder, si podré dividir tu alma en dos entes, para que no tengas que ser utilizada como un arma por ninguna civilización que surja después del diluvio. Serás Jasy y Kuarahy, dos entidades que convivirán de forma independiente y podrán seguir sus propios rumbos. Reencarnarán cada cien años y siempre serán bendecidas con dones



divinos en menor medida.

Si eso es lo que quiere Dios, lo acepto.

En cuanto a ti, Okenteha, velarás por el sueño de los humanos. Tu misión es asegurarte que cada uno de ellos pueda seguir su destino de la mejor forma. Como has convivido con humanos y eres un desterrado, la corrupción humana afectó tu esencia. Por eso permanecerás en la Tierra siempre y cuando no manifiestes tu verdadera forma.

Padre e hija aceptaron su destino. Los ángeles se conmovieron. De verdad el gran Creador podría obrar de mil formas, pero confiaban en su palabra.

Y así fue que Tekove se dividió en dos entidades llamadas Jasy y Kuarahy, quienes cada cien años reencarnaban en seres humanos para bendecir a todos aquellos que se cruzaran por su camino.

El diluvio finalizó. No quedó ningún vestigio de la civilización Atlántida.

Los humanos sobrevivientes conformaron tribus lejanas unas a las otras. Y en dos de ellas surgió el primer nacimiento post diluvio.

Tekove renació en dos entes, brindando esperanzas a la humanidad. Okenteha influenció en la conciencia de los padres para que cuidaran bien de las niñas, en sus respectivas tribus. Y así lo hicieron hasta que ellas fallecieron y volvieron a renacer en los siguientes cien años.

Y así transcurrió la humanidad, con los renacimientos de Jasy y Kuarahy cada un siglo, sin nunca encontrarse ni recordar nada de su pasado cuando eran un alma sola.

El sueño de Tekove se hizo realidad.